

tremo saludables por cuanto consolidan al alma en la humildad.»¹

Si no nos engañan las fundadas conjeturas que hemos hecho, á nuestra carmelita se refiere el Padre Rivera cuando, al final de su Vida de la Madre Teresa de Jesús, publicada en el año de 1590, tratando en el libro V, capítulo 4, «de cómo se ha mostrado muchas veces después de su muerte», narra lo siguiente con tan minuciosa prolijidad y absoluta certidumbre, que sólo por confidencia íntima espiritual ha podido saberlo.

«Lo que ahora diré es cosa más fresca y muy cierta, aunque dé propósito callaré el nombre. Andaba una monja desta misma Orden (del Carmen) muy afligida, por parecerla que nunca acababa de darse á nuestro Señor tan enteramente como Él lo quiere. Y estando una vez muy descuidada, la vino un gran recogimiento interior con gran conocimiento de sí, y con un temor lleno de paz y amor, y sin poderlo resistir, aunque lo procuró harto, porque estaba en parte donde se podía ver, fué arrebatada sintiendo un gozo tan grande, que en su comparación no le parecía había gozo ninguno, y vióse en medio de una luz muy clara; y en ella vía á la Madre Teresa de Jesús en un arco de hermosísimas flores, y tenía un libro abierto en las manos arrimado á su pecho, que tenía unas letras más lindas que de oro, y díjola: 'Lee, hija.' La monja estaba muy encogida, y como quien no osaba abrir los ojos para leerlas. Entonces la Madre, como sonriéndose, extendió la mano y trájosela por los ojos, con que ella sentía gran consuelo, y parecía se los renovaba estando ciegos, luego levantó la cabeza, y pudo leer las letras que decían: 'Mi esposo tiene tu voluntad para usar della conforme á

¹ Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes, t. II, p. 364. Este pasaje cita la «Histoire générale des Carmes», esto es, la Crónica ó Reforma de los Descalzos; pero no hemos podido evacuar esta cita.

la suya, y siempre contradiciéndote á ti.' Dijo la monja: 'Madre, ¿cómo pensaré yo que he de tener fortaleza en cosa tan grande, que en las chicas me veo tan flaca?' Respondióla: 'Cuando no lo pienses se te dará, y padeciendo en vencer lo poco, se alcanza fortaleza para vencer lo mucho.' Dijo la monja: 'Madre mía, ¿cómo agradaré yo á mi Señor? ¿voy bien por el camino que llevo?' Respondió la Madre: 'Por donde tú quieres, no: huye la singularidad, y déjate llevar por donde quiere el que trata tu alma, y acertarás.'

«La misma la vió otra vez dentro de una gran luz con extraña hermosura, y echó de allí con mando y autoridad al demonio, que pretendía hacer mala esta monja, diciéndole que no tenía allí parte. Y á la monja la allegó á sí con mucho amor, y la animó, prometiéndola que todo aquello era para mayor bien suyo, y dando la orden de lo que se había de hacer, para que en aquel monesterio fuese adelante la paz y conformidad de los corazones, y declaróla cierta cosa que había de venir en aquella casa, y se vió después.»

La época de esta revelación, poco anterior á 1590, la índole de la monja, su consulta á la Santa, la familiaridad y las caricias de ésta, hasta el lugar en que el Padre Rivera lo cuenta, inmediatamente después de lo relativo á Beatriz de Ovalle, la otra sobrina, todo nos induce á suponer que esta monja privilegiada no es otra que la Hermana Teresa de Jesús, nuestra carmelita americana. Pero lo que nos lo hace creer con mucha confianza es que ella tuvo por confesor y comunicó su espíritu íntimamente al mismo Padre Rivera, como ella misma lo dice en el artículo 5 de su segunda declaración: «Lo ha sabido por el Padre Doctor Rivera, jesuita, á quien esta declarante conoció y habló algunas veces muy particularmente.» ¿Será temeraria nuestra suposición, y nuestros lectores no se inclinarán á creer lo mismo que nosotros?

Con tan eficaces auxilios y su correspondencia á la divina gracia, la Hermana Teresa de Jesús iba adelantando en perfección día por día, aunque á sí misma se desconociese. Al propio tiempo desempeñaba muy bien los oficios que le encomendaba la obediencia, el primero de los cuales, según la Crónica, fué el de sacristana, «en el que mostró su buen talento» por algunos años, y añadiremos nosotros el espíritu de piedad y celo por el culto divino, que de los labios de su santa tía había aprendido. Tuvo también á su cargo, sin duda, los otros oficios que suelen turnarse en los monasterios de carmelitas, el de enfermera, provisor, ropera y tornera.

¿Qué era entre tanto de su familia natural? Antes de terminarse el siglo XVI, había visto regresar á las Indias á su querido hermano Francisco, morir á sus tíos Pedro de Ahumada en Ávila y Agustín en Lima, y á su última tía Doña Juana de Ahumada en Alba de Tormes, antes del año 1594, la cual, más feliz que todos los demás, logró que descansaran sus restos mortales, con los de su marido y su hijo, junto al sepulcro de la santa Madre.

La fama de santidad de ésta habíase ya extendido por todos los reinos de España; sus obras principales (excepto las «Fundaciones») se habían publicado bajo la dirección de tan sabio editor como Fray Luis de León, y eran leídas con avidez por toda clase de personas. Así es que, á instancias de Felipe II, el gran monarca, amigo y protector de la Madre Teresa de Jesús, el Nuncio Apostólico Monseñor Camilo Cayetano ordenó, en 1595, que se formara el proceso canónico, llamado compulsorial, como se hizo en varias diócesis al mismo tiempo, bajo la presidencia de varones de ciencia y virtud. En Ávila se encargó de recibir las declaraciones al Arcediano del Capítulo Catedral, Doctor Don Pedro de Tablares. Ante él declaró la Hermana Teresa de Jesús, el 22 de enero de 1596, contestando

á las diez preguntas que se le pusieron: su declaración no carece de importancia para fijar ciertos puntos controvertidos y algunos pormenores, pero contiene poco que no se sepa hoy por las vidas impresas de la Santa, y casi nada particular respecto á la misma declarante.

Remitidos á Roma los diez y seis procesos diocesanos, los recibió y mandó examinar Clemente VIII, en 1597; mientras el rey de España y la emperatriz María, hija de Carlos V, suplicaban á su Santidad, que promoviese y llevase á buen término la causa de beatificación. Añadiéronse á estas súplicas las de todos los obispos españoles, entre otros el Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia; las de varios concilios provinciales, de las cortes y universidades del reino; y después las de Sigismundo, rey de Polonia, y Felipe III de España. Tal entusiasmo, que en llenando los ámbitos de las Españas iba ya cundiendo por todo el orbe católico, debió dar grandísimo consuelo á la Hermana Teresa de Jesús, quien supo que, acabadas las informaciones *in genere* por Clemente VIII, mandaba el nuevo Papa Paulo V, que se procediese á las *in specie*, en 1607. Este proceso, llamado remisorial, se confió al arzobispo de Toledo cardenal de Rojas, y á los obispos de Ávila y Salamanca, y en él volvió á declarar nuestra carmelita, como luego veremos detenidamente.

Entre tanto, la Hermana Teresa de Jesús, á quien el Señor no dejaba de probar, tuvo la pesadumbre de perder á la Reverenda Madre María de San Jerónimo, que había hecho con ella veces de madre y acabado de guiarla hacia la cumbre del Carmelo. Esta venerable religiosa, que mucho había anhelado los tormentos del martirio, los tuvo en su última enfermedad, con la operación sangrienta y dolorosa á la cual se sometió por obediencia, á ver si se extirpaba un terrible cáncer que le había caído en el pecho. Fué asistida por la Hermana Teresa y la venerable Ana

de San Bartolomé, en cuyos brazos expiró, lo mismo que la santa Madre, el Sábado Santo, 6 de abril de 1602, como hemos dicho. Nuestro Señor quiso glorificarla después de su muerte con maravillas sobrenaturales, que refiere la venerable Ana, á quien se apareció varias veces, entre otras algunos años más tarde, como ella misma lo cuenta en este pasaje, que es del caso reproducir. «Estando en Francia una vez, muy desconsolada y afligida, se me apareció entonces la Madre María de San Jerónimo en compañía de la Madre Teresa de Jesús (fué ésta sobrina de la Santa) y díjome: Come y esfuérzate. Y parece que me daba cierto bocado con que mi alma quedó con tanto contento, ánimo y aliento, que no lo sabré decir.»¹

Muerta la venerable Madre, se eligió de priora, el 17 de junio de 1602, á la Madre María Ana de Jesús; fué elegida supriora y clavaria nuestra primera carmelita americana², que desde entonces fué tratada con grande confusión suya de Reverencia, y de Madre Teresa de Jesús, como lo prescriben las Constituciones de la Orden, en la cual por lo tanto fué la primera en llevar el hermosísimo nombre de la santa Madre, con el que después tantas otras se habían de estimular á santificarse, en todas las partes del mundo donde florecen los Carmelos de la Virgen.

La Madre María Ana de Jesús era también avileña, hija de Francisco Suárez de Lara y de Doña Francisca de Villa-

¹ «Reforma de los Descalzos», t. III, l. XI, c. 5 y 6. — La Crónica dice que murió el Sábado Santo, 20 de marzo de 1601, pero anda errada. Nos atenemos nosotros al registro del monasterio de San José, y á la inscripción allí grabada en una lápida de piedra, al lado derecho del capítulo: *María de San Jerónimo, fué de las primeras monjas de esta santa casa y la primera priora después de nuestra Santa Madre Fundadora. Murió Sábado Santo, 6 de abril 1602.*

² Las otras clavarias elegidas fueron las Hermanas Petronila Baptista y Ana de los Ángeles: la M. Teresa de Jesús no dejó de serlo desde entonces hasta su muerte. Presidió esta elección el Rdo. P. Fr. Antonio de los Ángeles, provincial de Castilla.

ña: había profesado el 9 de enero de 1576, de veintiséis años de edad. Había sido ya priora en el trienio de 1591 á 1594; pero en este segundo no alcanzó á gobernar sino poco más de un año, pues falleció el 24 de septiembre de 1603. Como la nueva elección no se verificó hasta el 19 de diciembre siguiente, en la persona de la Madre Inés de Jesús, es natural que la Madre Teresa gobernara el monasterio durante aquel trimestre de intervalo, como supriora ó presidenta.

La Madre Inés, contemporánea de nuestra Teresa de Jesús, era hija de Sancho Dávila é Inés de Guzmán, naturales de Ávila: había profesado á los diez y ocho años de edad, el 30 de septiembre de 1585, y murió en 1643, después de haber sido prelada varias veces: consérvase en el monasterio la memoria de sus grandes virtudes, especialmente de su mucha oración, penitencia y conformidad en sus largas y penosas enfermedades.

Estaban precisamente de priora la Madre Inés y de supriora la Madre Teresa, cuando llegó de Francia el celoso Monsieur de Bretigny (Don Juan de Quintanadueñas), gentil-hombre, hijo de padre español y madre francesa, que durante veinte años había venido proyectando y tratando de extender á Francia la reforma carmelitana de la Madre Teresa de Jesús. Á la sazón era ya sacerdote, y de acuerdo con el influyente abate que fué después el célebre cardenal de Berulle, y con Madama Acarie, que había de subir á los altares, como Hermana conversa carmelita, bajo el nombre de la Beata María de la Encarnación, trabajaba por fundar en París un monasterio de carmelitas descalzas, bajo la regla primitiva y constituciones propias de la santa Madre, sin ninguna de las modificaciones que los Padres habían introducido en sus capítulos generales. Por medio de la princesa de Longueville se había obtenido cédula real de Enrique IV para la fundación de las carmelitas en Francia, y con el apoyo de San Francisco de Sales, obispo

de Ginebra, una bula de Clemente VIII para autorizarla. Muy ajeno á nuestro propósito sería dar cuenta de la oposición hecha por el General de los carmelitas en España para que saliesen de este reino las religiosas que deseaban tener en Francia como fundadoras: al fin y al cabo, los celosos promotores de la empresa le obligaron en cierto modo, por medio de un breve del Papa, que les permitía sacar de los monasterios españoles tres ó cuatro monjas profesas del tiempo de la Madre Teresa de Jesús. Para ejecutar este designio, había emprendido su viaje Monsieur de Bretigny con varios compañeros, entre otros su mayordomo Monsieur Navet y una piadosa viuda, que posteriormente se hizo carmelita en París, Madama Jourdain: los mencionamos aquí á entrambos, por ser los que nos han dejado la relación de este famoso viaje. El mismo Monsieur de Berulle tuvo que pasar á España para negociar tan difícil asunto, y sólo al cabo de largos meses de penosas conferencias y mutuas reconvenciones, obtuvo en agosto de 1603, que el General diese la licencia necesaria para la partida de seis religiosas, con la condición de que entre ellas irían la Madre Ana de Jesús y la Hermana Ana de San Bartolomé. Por fin lograron salir de Salamanca, con la Madre Ana de Jesús y dos religiosas más, que eran Isabel de los Ángeles y Beatriz de la Concepción, y á los pocos días entraron con mucho gozo en Ávila. Alojáronse las monjas en el monasterio de San José; y todos los señores y señoras franceses fueron agasajados por el obispo y las personas más distinguidas de la ciudad, y en particular por las descalzas. Hiciéronles cuanto favor les fué posible según su regla, y les dieron parte principal en la fiesta del 24 de agosto, que era la de la fundación; aun por un privilegio raro mostráronse sin velo detrás de la reja del coro á las francesas. «Entre ellas», dice Madama Jourdain, «estaba una sobrina de la santa Madre, la que

era entonces superiora de aquel convento. . . Habría deseado mucho ir á Francia; mas con bastante razón la dejaron allí, siendo una alma muy buena y pura, criada en la religión sin haber tenido conocimiento del mundo ni de su malicia.» Monsieur Navet, por su parte, aunque se equivoca al llamarla priora (si bien pudo reemplazar y desempeñar á la Madre Inés de Jesús, á menudo enferma), le atribuye el mérito de la afectuosa acogida que tuvieron las francesas, y la califica de «alma muy pura é inocente, que desde muy tierna edad había sido apartada de la malicia del mundo y no había respirado otro aire que el de la perfección y santidad de la Orden: esta santa alma estuvo tan contenta al ver que de tan lejos se venía á buscar agua viva en la fuente que su santa tía había hallado y regado por toda España, que ella misma hubiese querido de buena gana correr para llevarla por todas partes; con este pleno contentamiento recibió á nuestras francesas, con los brazos abiertos, hizo que viesen á las religiosas descubiertas detrás de la reja y les hizo cuantas manifestaciones de caridad y afecto puede hacer una Orden tan santa.»¹ Con sincera é íntima satisfacción nos hemos enterado de esta buena voluntad de la primera carmelita americana por ir á propagar el Carmelo en esa grande y generosa nación, de donde después habían de venir á este su Quito muchas y beneméritas religiosas de varias congregaciones, contribuyendo á estrechar el cariñoso vínculo que une la Francia y el Ecuador católicos.

¹ El texto francés de Madama Jourdain y Monsieur Navet, que hemos traducido, nos lo han comunicado bondadosamente las carmelitas del primer monasterio de París y de Francia, hoy en Anderlecht cerca de Bruselas. Ellas conservan con veneración y cariño la memoria de Teresita, que tanto deseó ser una de sus fundadoras. En el texto francés se dice por equivocación que se hallaba en San José de Ávila desde la edad de cuatro años: ya hemos visto que tenía casi nueve cumplidos cuando abrazó por primera vez á su santa tía.

Llegada la Madre Leonor de San Bernado del monasterio de Loeches, la única de entre las fundadoras que sabía el francés, se verificó la partida el 29 de agosto, camino de Burgos, donde se les reunió la última de las Madres españolas que fundaron en Francia, Isabel de San Pablo.

El convento de Avila se desprendía de un tesoro en la humilde Hermana conversa Ana de San Bartolomé, que en Francia por orden expresa de los superiores tomó el velo negro, y fundó varios monasterios en aquel reino y en Flandes, donde murió en Amberes, el 7 de junio de 1626, en grande opinión de santidad. Para nadie, sin embargo, fué más dolorosa la separación de la compañera de Santa Teresa que para la sobrina de ésta, que había encontrado en ella un manantial inagotable del afecto más puro, un apoyo firme en sus tentaciones y trabajos, y había llegado á ser la confidenta de los secretos celestiales con que el Señor favorecía á la humilde religiosa. Consta, en efecto, que los confesores de la santa Hermana le prescribieron que comunicase á nuestra joven carmelita las gracias extraordinarias de que era objeto¹. Este trato íntimo y espiritual de más de veinte años había unido de tal modo esas dos almas, que no sólo durante los seis que sobrevivió la Hermana Teresa de Jesús á la separación, la escribió varias veces, sino que después de muerta se apareció más de una vez á la Madre Ana de San Bartolomé. Y se nos figura que en el cielo, entre los millares de vírgenes carmelitas que para acompañar al Cordero Divino se agrupan con Santa Teresa de Jesús, la sobrina y la compañera de ésta, Teresa y Ana, deben andar muy juntas y contentas.

¹ «Por una obediencia que se le puso (á Ana de San Bartolomé) para cierto fin, no pudo encubrir á esta declarante las cosas interiores que pasaban por su alma, y así con profunda humildad y verdad se las decía» (segunda declaración de la Hermana Teresa de Jesús).

Una vez que la segunda Teresa de Jesús no pudo desplegar su celo yendo á las fundaciones de Francia, lo ejerció en el silencio de su amada clausura, formando para Jesucristo nuevas esposas, en el noviciado, á cuya dirección la llamó entonces la obediencia. La Crónica de la Orden nos ha conservado de ella, en esta última época de su vida, un retrato muy fidedigno, que nos infunde no sólo amor sino veneración á la primera carmelita americana.

«Era su persuasión el ejemplo, y como sus doctrinas las veían en ella primero ejercitadas, las abrazaban con aprecio las demás, y creían podrían con la gracia del Señor ejecutar en sí lo que la maestra les daba ya ejecutado. En los actos de comunidad era la primera, y en la devoción y atención á lo sagrado. Guardaba riguroso silencio, estrechísima pobreza, y tal reverencia á las cosas de observancia más mínimas, que la señalaban con el dedo. Usaba de rigurosas disciplinas, de ásperos cilicios, y siempre que llegaba á confesar y á comulgar iba dellos rodeada. Confundía á los confesores ver tanta pureza, y juntamente la profunda humildad con que exageraba sus defectos. Deshaciase y desestimábase cuanto podía, teniéndolas á todas por buenas y santas, á todas las alababa y quería, teniendo por dicha grande el estar á sus pies y ocupada en su servicio.»¹

Cuenta la venerable Ana de San Bartolomé que en cierta ocasión estaba ella rogando á Santa Teresa de Jesús, que le obtuviese de Dios la gracia de conocer cuál era entre las virtudes la que fuese más agradable á su Majestad, porque estaba resuelta á esforzarse mucho por adquirirla; y que, apareciéndosele á poco la Santa, le dijo: «Hija mía, es la humildad.» Á fe que la sobrina aprovechó también esta lección de su santa tía, ya que ninguna virtud resalta más

¹ «Reforma de los Descalzos», t. III, l. XIII, c. 13.

durante su vida entera que la humildad, llevada á un grado muy alto y raro, como lo comprobó hasta en los últimos momentos por la tantas veces mencionada declaración.

Cual hábil maestra de novicias formó ella á su vez discípulas aprovechadísimas, y los anales del convento de San José de Ávila nos han conservado memorias muy edificantes de las Hermanas Magdalena de la Madre de Dios y María de Jesús, que fueron sus novicias en los años de 1605 y 1606. De la primera refiérese que era de asperísima penitencia y mucha oración. Como era de hermoso aspecto, trataba de desfigurarse, y hallando una vez por acaso un espejillo, cuando aún era novicia, se miró en él y viéndose de tan buena cara como antes, se echó á llorar amargamente. Preguntada por su maestra sobre la causa de su llanto: «Madre», le respondió, «lloro porque no tengo cara de santa, sino que todavía me estoy tan hermosa como antes que viniera»: respuesta de sencillo candor, que celebró mucho su maestra, quien pudo ya prever á cuán alta virtud subiría su discípula. Esta misma, tres años después, estando desahuciada por los médicos, fué curada milagrosa é instantáneamente ante el santo Cristo de la Huerta, á cuya ermita la habían llevado en brazos. Murió en edad muy avanzada el 23 de septiembre de 1669, así como María de Jesús, notable por su heroica paciencia, en 1662: ambas debieron dar noticias de su maestra cuando se recogían datos para redactar las crónicas de la Orden.

Concluido el trienio de la Madre Inés de Jesús, gobernó el monasterio de San José una religiosa ya anciana, pero de las más esclarecidas entre las primitivas, la venerable Madre Isabel de Santo Domingo. Habíale aconsejado que se hiciese carmelita el mismo San Pedro de Alcántara, y Santa Teresa la amaba mucho y escogía de preferencia por compañera, calificándola de «harto sierva de Dios»: llevóla consigo á la fundación de Toledo, de cuyo mo-

nasterio fué la primera priora; desempeñaba este oficio en Segovia cuando la muerte de la Santa, de quien se conservan varias cartas á ella dirigidas; en Zaragoza estuvo después diez años, volvió luego á Segovia, y terminado allí su nuevo priorazgo, pasó á Ávila, donde fué elegida priora el 17 de enero de 1606, y en este cargo permaneció cuatro años¹. Durante su gobierno se comenzó la construcción de la nueva y hermosa iglesia del monasterio, la cual fué tan del agrado del Cielo, que la favoreció en un modo extraordinario y providencial, suscitando los instrumentos más adecuados para llevarla á cabo. Como nuestra primera carmelita americana tomó parte activa y representó papel importante en esta obra, nos detendremos algún tanto en recordarla.

La primitiva capilla de San José, según atestigua el maestro Julián de Ávila, era tan pequeña que «representaba bien á el portalico de Belén», con la portería, el coro y el altar todo junto. En vida de la santa Madre ya se pensó en construir una iglesita más espaciosa y decente, á un lado de la capilla y contigua á la cual estaría la del entierro de Lorenzo de Cepeda; el Ilmo. Don Álvaro de Mendoza se encargó de costear la capilla mayor, donde deseaba tener su sepulcro frente al de la Madre Fundadora. Comenzóse, pues, la obra, en el sitio actual, pero con menos largor que la presente. En 1586, que la visitó Francisco de Mora, arquitecto de Felipe II, le pareció «iglesia muy estrecha y ahogada, y el altar mayor en una capilla muy pequeña, y todo muy pobre». Sacó la planta del edificio tomó la medida del nicho reservado para el cuerpo de la santa Madre, debajo de la reja del coro nuevo (que hoy

¹ La venerable M. Isabel de Santo Domingo nació en Cardeñosa el año de 1639, y murió en Ávila, en olor de santidad, el 13 de junio de 1623. Puede leerse en la «Reforma de los Descalzos» (t. IV, l. XVI, c. 7) su biografía circunstanciada: la que aun más *in extenso* publicó el Dr. Lanuza.

queda frente á la capilla de San Lorenzo), é hizo la traza de una caja riquísima, á fin de presentarla al rey. Éste, habiéndola visto, le dijo: Guardadla; lo cual, añade él sencillamente, yo hice veinte y dos años.

Este mismo Mora, en su declaración escrita (no carta secreta y sellada, del 1.º de marzo de 1610, para el proceso remisorial de la beatificación de Santa Teresa, nos da los detalles más circunstanciados acerca de la nueva construcción, la cual se realizó, como hemos dicho, no sin una intervención visible de la Providencia divina, á favor de ésta que había de llamarse *iglesia santa*, según lo pronosticó la misma Santa estando en Salamanca, en el año de 1571. El dicho de Mora es de lo más curioso é interesante, y lo publicó ya Don Vicente de la Fuente en su mayor parte, aunque sea abreviándolo. Hemos podido leerlo íntegramente en una copia exacta que se conserva en el archivo de San José de Ávila, y de la cual sacaremos los pasajes, algunos inéditos, que vamos á citar.

Refiere Mora, que á la sazón era ya aposentador del palacio del rey Don Felipe III y su arquitecto y trazador mayor, que la lectura de los manuscritos de la santa Madre en el Escorial le movió á mejorar de vida; y que, yendo en busca de confesor en Madrid, fué á dar con uno muy bueno y gran siervo de Dios, de cierta religión muy estrecha, pero no carmelita descalzo. Éste era el celosísimo Padre Fray Domingo de Santa María, de la Orden de San Francisco, quien recibió de Mora una de las obras de la santa Madre, y con su lectura se aficionó tan grandemente á ella, que le dijo entre otras cosas éstas: «¡Oh fulano! ¡y qué libro es éste! De todos cuantos libros he leído en mi vida, que ha sido toda la Sagrada Escritura, Santo Tomás y otros de Santos (que nombró), todos ellos no me han movido tanto como este libro.» Encendido así en devoción á la Santa, Dios le inspiró para que fuese el principal

promotor de la construcción de una nueva iglesia de San José. En efecto, «otro día (que fué dominica primera de Cuaresma, 24 de febrero de 1608), volviéndome á confesar, me dijo mi confesor como al descuido: 'En San Josef de Ávila hay dos almas á quien el Señor ama mucho y en gran manera: la una se llama Fulana, y otra compañera suya. Sepa de un criado del rey, que de limosna hace labrar la iglesia de San Josef.' Á lo cual respondí: 'Ya sé quién es: llámase Guillamas.' 'Ése', dice, 'es; y la obra que van haciendo no va buena, y no le contenta al Señor, que iglesia donde su Majestad ha de obrar tan grandes maravillas, vaya como va, ni que la cubierta sea de madera, sino de bóveda, que vaya muy bien hecha. Es menester que hable como de suyo á Guillamas y en presencia de su mujer (esto dijo, porque la mujer le incitaba á que la hiciese de madera); y buscando buena ocasión, les diga que adviertan que la Santa no dice en sus libros, que las iglesias sean de madera y toscas, sino las casas de la habitación, porque sean éstas humildes y no hagan ruido al caer, el día del juicio; y hecho esto es menester que se llegue á Ávila y dé traza cómo la iglesia se haga bien, y en todo caso sea de bóveda.'»¹

Con esto, sin permitirle dilación alguna, Fray Domingo despachó á Mora, el cual obedeció y estuvo en Ávila, el 3 de marzo, con una carta de recomendación de Guillamas.

«Partíme», refiere él mismo, «y en el camino me determiné que la obra se echase toda en tierra hasta los cimientos. En llegando á Ávila, me fuí derecho á la iglesia, y ví que sobre

¹ Coincide con esta declaración de Mora lo que dice la Crónica (I. I, c. 54): «Por el año de 1608 estaba tan cascado el cuerpo desta iglesia, por la flaqueza con que se había fabricado, que se venía al suelo. Reparábala, parte á su costa y parte á la del convento, y con otras limosnas que juntaba, un criado del rey Don Felipe III, llamado Francisco de Guillamas.»

lo viejo habían levantado paredes de piedra seca y barro, y llegaban ya con la obra cerca de poner los maderos para la bóveda: mandé luego á los oficiales que no pasasen adelante, hasta que resolviésemos lo que conviniese de hacer. Hablé á las monjas y priora, que se llamaba Isabel de Santo Domingo, y me dijeron su determinación acerca de acabar la obra.» Unas monjas la querían de bóveda, y otras, por pobreza, de madera. «Yo les dije que lo encomendasen á Dios, que ya se vería lo que convendría más.

«Olvidéme de decir que mi confesor me dijo, que á una religiosa que se llamaba Fulana le dijese de su parte que le encomendase á Dios (con su compañera, que nunca me dijo el nombre), y que le suplicasen le hiciese buen religioso, y que después de Dios fiaba mucho su salvación dellas, y esto con gran sentimiento; y preguntándole por el nombre de la compañera, me dijo: Vaya con Dios, que ella lo sabe.

«El día siguiente, después de cantada una misa del Espíritu Santo por el licenciado Mena, capellán del convento, entré á la clausura por la traza; y preguntando por la religiosa que me dijo, la hicieron llamar, y estando algo retirada de las otras (que estábamos en la huerta), le dije: Un religioso de tal Orden me ha dicho que vuestra reverencia y su compañera... Llegado aquí, ella me dijo muy pasito: No aquí, no aquí; con que me hizo callar, y al fin me fué sin hablarla. Dile también á la Madre Priora doscientos ducados para el gasto dellas en aquellos tres días, que yo había de estar allí.

«Detíveme tres días en hacer plantas, perfiles y montañas, con tres capillas más de las que iban hechas, que las dos dejó, la una hecha la santa Madre y enterrado en ella un hermano suyo, y la otra un clérigo llamado Julián de Ávila, su confesor y compañero en el camino á sus fundaciones. Estas dos quedaron, y otra que iba haciendo Guillamas para sí, que con las que yo añadí en la traza, son seis; y por la pobreza que había le pareció al licenciado Mena (que es quien me acompañaba) que entonces no se hiciese más de la iglesia. Vinimos en esto, y concertado todo, el postrero día de los tres, jueves 6, á las cuatro de la tarde, fué forzoso tornar á entrar en el convento á mostrarles las trazas, y conferir lo que se había de hacer. Fuimos á la huerta con ellas (que desde allí se veía la obra que hacían de la iglesia), y sentados junto á una fuentecilla

en un poyo, el confesor y yo, y la priora y supriora á una parte, y Inés de Jesús y la monja que me había dicho mi confesor á otra; y en medio una mesilla baja con las nuevas trazas; yo les propuse que aquella iglesia no iba bien, y que convenía derribarla por el suelo toda, y ya que no se podía ensanchar por el sitio, que convenía alargarla un pedazo, y formar capillas, ya que por ahora no se hiciesen las que quedan dichas, y hacer un pórtico muy hermoso. Propúseles tantas cosas, como si tuviéramos cincuenta mil ducados en una arca para ello, y no había ni una blanca. Pero en mi corazón más había, que era una grandísima confianza, con un grande afecto, que el Señor por su misericordia fué servido ponerme. Todas dijeron que aquello todo estaba muy bien, que yo hiciese lo que quisiese. Sola la priora reparó, y dijo: Señor, ¿de dónde se ha de hacer esto, que no hay una blanca?—Yo le dije: Madre, Madre, no tenga cuidado de esto, que Dios lo proveerá.—Y mirando á las monjas, en risa dije: ¡Hay más que vender un par de monjas, y se hará la iglesia!—con que rieron mucho. Con todo no quedó satisfecha, y las demás sí que tenían la misma confianza, á lo menos con la que yo me entendía sé que la tenía, sin haberla más hablado. Una cosa hice, á mi parecer, de poca fe en aquel punto de lo que el Padre confesor me había dicho, que me vino á la imaginación, si aquel Padre sabía ó entendía algo de las monjas, ó le escribían, ó escribía él. Y preguntéles allí: Señoras, ¿hales escrito, ó han á un fraile de tal Orden sobre esta obra?—Ellas dijeron que no, ni sabían de nada, ni se trataban sino con muy pocos, y de su Orden. Yo quedé un poco suspenso, y queriéndome despedir dije con buena confianza: No hay sino que comencemos luego á derribar esta iglesia; que Dios nos ha de ayudar; y todos pediremos limosna, y ayudaremos á Guillamas á esto. Y con esto nos despedimos el confesor Mena y yo.»

Refiere luego Mora cómo dió cuenta al Padre Fray Domingo de Santa María de su jornada, del principio de la nueva obra y de todo el proyecto. El buen Padre le aprobó todo, y fué persuadiéndole que se empeñase en aquel trabajo y pidiese limosna en la corte, desde el rey para abajo, y añadió con grandísimo afecto: «que el